

Aun cuando la negacion no tubiera mas resultado que exigir la prueba del hecho, se obtenia una discusion, y una discusion es de algun valor en un terreno inespugnable, pues parece que así se disminuye el prestigio de aquel. En fin, vale mas intentar algo que dejar de hacer algun esfuerzo. Por otra parte hay un odio ciego, que hace insensibles los ojos á la mas viva luz, y en este sentido convenia que la realidad histórica de Jesucristo fuese atacada, como una prueba de la disminucion intelectual de sus enemigos. La verdad gana con las violencias del espíritu como con las violencias del cuerpo, y tranquila en la region inaccesible en que Dios la ha colocado, segura de sí misma por cualquier lado que se le aceche, puede decir al hombre, imitando un verso famoso:

Conteste sí tu peux, et consens sí tu l'oses.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA TERCERA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONA-

LISMO PARA DESNATURALIZAR LA VIDA DE

JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Os he probado en nuestra última conferencia la realidad histórica de Jesucristo. Pero qué quiere decir haber probado la realidad histórica de Jesucristo? Quiere decir que queda sentado haber vivido en cierta época un hombre que se llamaba Jesucristo? Si no hemos probado mas que esto, no hemos probado nada; porque un nombre es

nada. Probar la realidad histórica de un personage, es probar la realidad del tipo vivo que lo constituye. De esta suerte, cuando nombro á César, no nombro á un sugeto indeterminado, nombro al romano que antes de Augusto, conquistó y gobernó las Galias, que, llamado por el Senado, pasó el Rubicon, se apoderó de la dictadura y sucumbió en fin bajo el puñal de una conjuracion. Así tambien, cuando nombro á Jesucristo, nombro al que en tiempo de Tiberio, predicó en Judea una doctrina religiosa, apoyó su palabra en acciones sobre las que os reservais juzgar, pero que eran á lo menos singulares, se hizo de discípulos, y despues de una sentencia fulminada contra él y seguida de su muerte, se presentó á todo el universo resucitado, y fundó en fin esa jerarquía, ese dogma, ese culto, esa Iglesia católica que vemos al presente. Y haber probado la realidad histórica de Jesucristo, es haber probado la realidad del tipo que acabo de dibujar con grandes pinceladas.

He hecho mas, Señores, he probado al mismo tiempo la autenticidad de los Evangelios; porque un libro es auténtico cuando es histórico, y yo he demostrado que los Evangelios tienen todos los caracteres de la historia, es decir que son una escritura pública, que contiene hechos públicos adaptados á la trama general y pública de los anales del género humano. Esta es la mas grande autenticidad que puede darse. Hay otra secundaria y poco importante, que consiste en conocer la fecha precisa de un libro y el nombre exacto de su autor. A esta la coloco en un grado inferior respecto de la otra, porque un libro puede tener una fecha cierta y un autor cierto sin gozar por eso de ningun valor histórico, mientras que un libro histórico lleva consigo la fecha y la série de las cosas auténticamente promulgadas por una invencible publicidad. Los Evangelios son auténticos de las dos maneras; mas como para su certidumbre es suficiente la primera y mas grande autenticidad, ella es la que me he propuesto fijar principalmente.

Puede ser que al escucharme os hayais preguntado, Señores, á vosotros mismos á quién combato, y si se debe tomar tanto empeño en una cosa que parece no ser contradicha. Os engañais en esto. No solamente ha negado Dupuis la realidad histórica de Jesucristo en una obra célebre sobre *el origen de todos los cultos*, sino que no hay incrédulo que de una ú otra manera no haga lo mismo, suscitando dudas y tinieblas en su entendimiento, cuando se trata de la formidable persona del hijo de Dios hecho hombre. De ahí viene el que oigais repetir con tanta complacencia y tan falsamente que ningún testimonio contemporáneo, fuera de la escuela cristiana, atestigüa la presencia de Jesucristo sobre el teatro de la historia. De ahí viene que el famoso texto de Flavio Josefo sobre la vida y la muerte de Cristo haya sido tan vivamente atacado como sospechoso. No hay incrédulo á quien la certidumbre histórica de los primeros tiempos del cristianismo no turbe é importune, y que no dé importancia á las dudas que se suscitan bajo este respecto, por insignificantes que sean. Era pues necesario quitarles este consuelo, tanto mas, Señores, cuanto que al demostraros la divinidad de Jesucristo, supuse previamente la autenticidad de su persona y de su historia, y si no volviera sobre mis pasos para asegurarla definitivamente, todo el edificio de mi demostracion descansaria sobre una hipótesis gratuita. Acabemos hoy de sustituir el hecho á la hipótesis, y al efecto os hablaré de otro esfuerzo del racionalismo, no ya para aniquilar la vida de Jesucristo, sino para desnaturalizarla. Porque despues de haber dicho ó dado á entender que la vida de Cristo era una fábula, el racionalismo ha conocido que era mucho pedir á la credulidad humana; ha temido la luz poderosa del buen sentido, y á principios de este siglo se ha inventado, no en Inglaterra ni en Francia sino en Alemania, un nuevo sistema. Se ha dicho: la vida de Cristo no es una fábula, es un mythos. Qué cosa es miythos? La vida de Jesucristo es un mythos? Tal es, Señores, el objeto de esta conferencia y de vuestra atencion.

Hagamonos cargo primero de las causas que han impedido al racionalismo el sancionar con su adhesion la realidad histórica de Jesucristo. Seguramente quedan cuestiones por resolver, aun cuando se diga: Jesucristo ha vivido, su historia es auténtica, la publicidad reviste de la mas decisiva claridad los orígenes del cristianismo y de la cristiandad. Sin embargo, Señores, dado este paso, se encuentra el racionalismo inmediatamente con un dilema muy sencillo. O bien Jesucristo y sus apóstoles han sido sinceros, ó han sido impostores. Decir que han sido sinceros es confesar en el fondo la divinidad de su obra; porque quedando sentada la realidad de la vida de Cristo por una parte, y estando de acuerdo por la otra sobre la sinceridad de esa misma vida, no se puede, considerando la naturaleza y la série de los sucesos que forman su contestura, dejar de llegar á esta conclusion: Jesucristo es Dios. Si, por el contrario, se afirma que Jesucristo y sus apóstoles han sido impostores, se coloca al entendimiento en una posicion muy difícil. Porqué? Porque Jesucristo, los apóstoles y los mártires son la sinceridad misma en el grado mas eminente; porque Dios ha puesto en la persona de Jesucristo, en la vida de sus apóstoles, en la muerte de sus mártires, un carácter y un perfume de buena fé, que no da lugar á suponer que toda esa bella historia haya sido por espacio de tres siglos, mas de un conjunto de imposturas anegadas en sangre. Además en la actualidad el cristianismo es sincero; no se puede acusar de mentirosa á la multitud de hombres civilizados que creen en Jesucristo, que pretenden tener la demostracion cuotidiana de su divinidad, que dicen que independientemente aun de la historia evangélica, la sola accion de Cristo sobre ellos les manifiesta su omnipotente realidad; esta es la tesis de un celebre Aleman que, habiendo difundido al rededor de sí el pirronismo histórico, y sintiendo en el fondo de su alma la influencia del Salvador de los hombres, decia á la Alemania: "Mas yo que vivo, que siento, que pienso, yo vivo con Jesucristo, yo siento con Jesucristo, yo pienso con Jesucristo; él me eleva sobre mí mismo,

él me purifica, él me da lo que nadie en el mundo me ha dado jamas; él es pues mas que yo, mas que el mundo, mas que el alma, él es Dios." Sí, nosotros somos sinceros, y si no todos los cristianos prueban su sinceridad con sus virtudes, hay á lo menos muchos que tributan á Jesucristo el testimonio de su fé. Os atreveriais á tacharlos de hipócritas? Os atreveriais á marchitar el corazon y las acciones de tan gran número de hombres ligados con vosotros por tantos títulos? Hipócritas y porqué, con que objeto? Que placer el ser casto por hipocresía! Que singular designio y que extraño premio de este sacrificio! Nosotros somos pues sinceros, y podemos decir de Jesucristo, esposo de nuestras almas, lo que Paulina de Polyeucte, y con el mismo acento.

*Mon époux en mourant m' a laissé ses lumières,
Je vois, je sais, je crois!*

Pero si el cristianismo es sincero en el dia, como puede concebirse que de la mas grande impostura posible, cual es llamarse Dios, haya ese torrente, ese mar de sinceridad estendidos sus golfos y sus horizontes hasta nosotros, hasta el centro de la humanidad actual? Una causa impura no puede producir un efecto puro, y si actualmente el cristianismo es sincero, lo era ayer, anteayer, en los dias de su juventud, lo era en Jesucristo, primer corazon de donde ha salido para abrazar el nuestro y hacerlo ingenuo. O á lo menos, si negais la consecuencia bajo esta forma, reconoced en Jesucristo, en sus apóstoles y sus mártires, señales de sinceridad mas grandes todavia que las del cristianismo presente, y comprended porque los incrédulos necesitan echar fuera de la historia los tiempos primitivos de la cristiandad, por temor de que concediéndoles una vez el derecho de vecindad no se ciñan demasiado fácilmente la corona de una divinidad incontestable. Si, nuestros antepasados, los incrédulos franceses, han tenido la audacia que era necesario tener; ellos han fijado la cuestion como convenia, y cualquiera que no los

imité corre todos los riesgos y se espone á todos los peligros, es un cobarde en el orden de la negacion ó es un niño. Nuestros padres, en esto como en todo lo demas iban derecho al fondo de las cosas; comprendian con la intrepidez propia de su geniò que era preciso negarlo todo ó concederlo todo. Los alabo por haber sido consigüientes, porque despues de todo, cuando se ama el error vale mas navegar en él como Colon, que no como esas barcas tímidas que no se atreven á engolfarse en el Océano, y que se rompen en la punta misma de la playa. Yendo lejos se llega mas pronto al objeto, y el entendimiento que se avanza demasiado en la carrera del error, tiene mas grandes probabilidades de volver á entrar á toda vela en el camino de la verdad.

El genio aleman no está dotado, al parecer, de esta superioridad de perspicacia y de rapidez. Él es el que ha criado la teoría del mythos, en torno de la cual gira hace cincuenta años. Mas en fin, qué cosa es pues el mythos? Haced á un lado las bóvedas de esta Catedral, y mirad esa otra bóveda de que Pascal ha dicho: "El silencio eterno de esos espacios desconocidos me espanta." Mas allá de los astros que vuestros ojos descubrirán sin fatiga, y como hacia el último límite de la estension, distinguireis algunas estrellas problemáticas. Son por ventura el fruto de una vision engañosa producida por la distancia? Tienen una existencia verdadera? ó mas bien no es causada á la vez su aparicion por una ilusion de óptica y por cierta realidad? Lo mismo sucederá si, en lugar de explorar las regiones profundas del firmamento, dirigis una mirada curiosa á los confines de la antigüedad. Encontrareis narraciones que inquietarán vuestra inteligencia, incierta de sí debe rechazarlas enteramente ó admitirlas en su totalidad. Tomo por ejemplo á Prometéo. Todos vosotros conoceis el tema de Prometéo, de aquel hombre audaz que se robó el fuego del cielo, y á quien Júpiter, en castigo de este atentado, hizo clavar sobre una roea, donde su corazon es devorado por un buitres. La antigüedad

estaba impregnada de esta relacion de que Esquiles ha hecho una de las tragedias mas singulares del teatro griego. En el fondo qué cosa era Prometéo? Era una fábula pura? Es bien difícil creerlo, Señores; el hombre parte siempre en sus creencias y en sus tradiciones de alguna realidad, y cuando sus creencias y sus tradiciones tienen un carácter universal, no es lógico desairarlas con un desdén absoluto. Pero, por otro lado, colocareis en la historia el tema de Prometéo? No podemos tampoco. Como admitir que un hombre haya robado el fuego del cielo, que Dios lo haya encadenado sobre una peña, y que su corazón, siempre renaciente, sea presa de un buitre que no se sacia jamás? Aquí estamos evidentemente entre la fábula y la historia. Un acontecimiento relativo á los destinos religiosos del género humano ha pasado en el fondo de los siglos primordiales; todos los pueblos han llevado su memoria en sus emigraciones; pero á proporcion que las tinieblas de lo pasado aumentaban sobre el mundo, la fisonomía verdadera de esta tragedia antigua ha perdido algo de su claridad; la imaginación ha dado auxilio á la memoria, y Prometéo, clavado sobre una roca ha venido á ser la expresión popular y permanente de un gran crimen, seguido de una grande expiación. Este es el mythos. El mythos es un hecho transfigurado por una idea, y la antigüedad aparece á nuestra vista en sus confines, repito la expresión, como custodiada por una legión de mythos, que todos son la expresión alterada de alguna verdad.

Esto supuesto, dice el doctor Strauss, uno de los más célebres campeones de la escuela mythica, por qué Jesucristo no ha de ser un mythos? por qué los Evangelios han de ser otra cosa que un conjunto de mythos, es decir de hechos reales transfigurados por ideas? Veamos si esto es posible, y en segundo lugar, si esta es la realidad.

Que sea posible casi no deja duda la analogía. Cualquiera religion, sea la idolatría, sea el brahmanismo, sea el budhismo, que otra cosa es sino un vasto conjunto de hechos y

de ideas alterados los unos por las otras? Si lo negais, vosotros los cristianos, os dais un golpe terrible; porque de esta suerte afirmais que la humanidad es capaz, (tan desprovista la suponeis de buen sentido) de adorar durante siglos, fábulas destituidas de toda especie de fundamento, ya tradicional ya ideal. Evidentemente no podeis negarlo; debeis convenir, sólo pena de heriros vosotros mismos, en que siempre que el hombre ha doblado la rodilla con alguna universalidad y con alguna perpetuidad, ha tenido delante de sí hechos incrustados en concepciones. Pero si este es el fenómeno general, porqué el cristianismo no ha de haber sido producido bajo el imperio de la misma ley? Sin duda los cristianos adoran hechos; Jesucristo es un hecho; únicamente, como en todas las ocasiones de esta naturaleza, el hecho primordial, aunque cierto, ha sufrido en el pensamiento de sus adoradores, con el transcurso del tiempo y la fascinación de una idea preexistente, modificaciones que lo sacan de la historia para colocarlo en la especie de los mythos. Que Jesucristo no haya sufrido una transformación tan completa como los hechos lejanos de la más remota antigüedad, se puede conceder sin dificultad; pero el más ó el menos no constituyen sino una cuestión secundaria, y no por eso queda menos firme que la persona de Cristo y el éxito del cristianismo están comprendidos en la ley general que reduce á mythos todas las religiones conocidas.

Tanto menos puede dudarse de lo que se acaba de decir, cuanto que la publicación de los Evangelios no ha sido contemporánea de Jesucristo. Por confesión misma de los cristianos, un número bastante grande de años de tradición y de predicaciones ha precedido á la era de la escritura evangélica, y si se somete este punto á una crítica exacta, no podrá colocarse el reinado del Nuevo Testamento sino á mediados del segundo siglo. Que espacio dejado á la imaginación y á la fé para transformar á Jesucristo!

Esta transformación era tanto más fácil, notadlo bien, cuan-

to que la idea del Mesias preexistia á Jesucristo. Mucho antes de que se dejase ver, esta idea circulaba por las venas del pueblo judío; una multitud de hombres atentos á la voz de los profetas, se habian ocupado del Mesias que habia de venir, y despues que Jesucristo se atribuyó su mision, era natural que se le aplicasen todos sus rasgos característicos. La idea del Mesias era el molde en que se formaba, siglos antes, el mythos de Jesucristo; Jesucristo en cierta manera, no tenia mas que dejarse llevar de las circunstancias, y cuando murió, su vida entró naturalmente, como una materia en fusion, en el molde de la idea del Mesias, del que salió en fin tal cual se halla en el dia á los ojos atónitos de las generaciones.

La analogía, el tiempo, la idea preexistente del Mesias, todas estas circunstancias nos inducen á concluir que el cristianismo ha podido formarse, como todas las religiones de la antigüedad, por el principio de la transfiguracion mythica. Pero un examen mas severo nos conduirá mucho mas allá de esta conclusion, y nos hará descubrir en el Nuevo Testamento todos los caracteres de un mythos perfecto.

Primeramente, la vida de Jesucristo tal cual se refiere en los Evangelios, es una maravilla continua. Desde el ángel que anuncia su concepcion en el seno de la Virgen Maria, hasta su resurreccion y ascension, ningun suceso de esta existencia es conforme al curso de la naturaleza. Cada palabra produce un prodigio, cada paso es un milagro, y el milagro parece que lucha consigo mismo para excederse de momento en momento y confundir las últimas esperanzas de la razon. Pero lo maravilloso es precisamente el compañero inseparable del mythos, y ambos tienen el mismo asiento. En donde hallamos, en efecto, lo maravilloso? Está á nuestra vista, próximo á nosotros, en el mundo moderno en fin? No, nada de esto. Todo lo que vemos es sencillo y natural; leyes generales, de las que procede un orden constante, rigen el mundo que está delante de nosotros; Dios no interviene en él, en manera alguna, por golpes estravagantes y repen-

tinios, sino que deja á las causas segundas su indisoluble encadenamiento. En donde pues encontramos lo maravilloso? En donde mismo descubrimos el mythos, en la antigüedad. La antigüedad es el asiento de uno y otro, y el mythos mismo no nos ha sido descubierto sino por la presencia de lo maravilloso; porque si nada fuera maravilloso en la antigüedad, todo seria histórico. Mas en tal caso, que es lo que distingue lo maravilloso de Jesucristo de lo maravilloso de cualquier otro genero? En si mismos nada los distingue: en cuanto al lugar, nada tampoco, pues que este lugar es la antigüedad. Porqué pues, decidme, dividis la antigüedad? porqué llamais falsa á una, y á otra verdadera? Porqué rechaissais en el mythos lo maravilloso anterior á Jesucristo, y dais el rango de historia á lo maravilloso que le es contemporáneo? La razon no alcanza ningun motivo para esta distincion, á no ser que llameis al tiempo de Jesucristo tiempo histórico por oposicion á otras épocas que llamais tiempos fabulosos. Mas lo maravilloso es justamente el rasgo característico que distingue los siglos de la fábula de los siglos de la historia; porque sin esto, en donde estaria el principio de su distincion?

En segundo lugar, es manifesto á la primera lectura de los Evangelios, que ellos no presentan ninguna série cronológica, nada que anuncie la historia, sino que son simples materiales aglomerados á la ventura, sin haber siquiera tenido sus autores el cuidado de buscar la menor verosimilitud de armonía. Todo es confusion y contradiccion. Ha bastado al doctor Strauss dejar correr su mirada y su pluma, para formar cuatro volúmenes de las increíbles equivocaciones de que están llenos. Y no se debe acusar por eso á los Evangelistas; esto mismo prueba su sinceridad. Ellos han tomado el mythos, como lo han encontrado, fluctuante, indeciso, contradictorio consigo mismo, como todo lo que sale de la confluencia tenebrosa de los hechos y de las ideas. Mas de un siglo habia pasado desde la muerte de Jesucristo, los recuerdos de su vida habian recorrido el mundo del Oriente al Occidente, bajo la influen-

cia de impresiones y pensamientos que reconocian diversos orígenes, y aunque el tipo tuviese alguna unidad á causa de la idea del Mesias que era el punto de partida primitivo, sin embargo era imposible que la elaboracion final de tantos elementos no presentase cicatriees visibles de desacuerdo y variedad.

Tal es, Señores, la argumentacion de la escuela mythica. Creo que en nada he disminuido la fuerza de ella, pues jamas he tenido gusto en apocar á los enemigos de la verdad. De que podria servir? Si yo abusara por un momento de vuestra penetracion y de la memoria que teneis de las cosas, volviendo á entrar dentro de vosotros mismos, una ojeada sobre el doctor Strauss os descubriria mi poca sinceridad, y la causa que defiendo, por haber ganado un cuarto de hora, perderia un siglo en vuestra mente. No, Señores, menos que una obligacion, es un placer el ser sincero cuando se tiene la verdad de su parte, y si los argumentos de la escuela mythica han perdido algo de su fuerza al pasar por mi boca, es porque despues de tres meses consagrados á su estudio, no me ha sido posible darles mas claridad ni mas energía. Con todo eso tened entendido que la obra es tan artificiosa cuanto puede serlo una obra de su clase: el autor no niega la realidad histórica de Jesucristo; no se estrella tampoco contra los elementos constitutivos de la historia, y sin embargo concediendo que Jesucristo es un hecho histórico lo desarma de la autoridad consiguiente al hecho. Por otra parte, no combate tampoco la impresion de buena fé que resulta de su vida y de la vida de sus discípulos. Está de acuerdo en esta buena fé. Jesus creía en sí y se creía en él. Se creía en él en presencia del César, se cree en él en presencia de la incredulidad. Vuestros padres daban su sangre por hechos y por ideas; vosotros dais la vuestra por hechos y por ideas. No hay mas sino que vosotros, segun el autor, no los comprendeis bien, y que es permitido, es honorífico, es glorioso el vivir y morir por cosas que no se comprenden bien.

Creo, Señores, suficiente la esposicion que acabo de hacer, y voy á atacar de frente esa gran máquina de guerra germánica.

Negaré la existencia de los mythos? No, Señores, el mythos me parece históricamente la cosa mas verdadera del mundo. Convengo en que el hombre abandonado á la tradicion por espacio de muchos siglos, llega por fin á no discernir bien el aspecto de los sucesos y su contestura primitiva. Como un cuadro ante el cual retrocede siempre el espectador, el género humano retrocede delante de lo pasado, y si bien lo mira todavia, viene un momento en que su vista se oscurece. Entre tanto, trabajando la imaginacion sobre ese espectáculo hecho remoto, añade á él nuevos rasgos; la idea domina al hecho, y se cria una cosa que no es ni una historia ni una fábula y que llamamos mythos. La mitología es el conjunto de todas las creaciones del entendimiento humano entre las tinieblas y la luz de la antigüedad. Porque, notadlo bien, cual es el teatro de los mythos? Es la antigüedad, ó mas bien es la tradicion abandonada enteramente sola al curso de la humanidad, quien la estiende empujándola y haciéndola progresar. La tradicion pura es el asiento del mythos. Mas luego que nace la escritura, luego que la narracion inalterable se presenta, luego que el bronce escriturístico es colocado al frente de las generaciones, al instante se desvanece el poder mythico del hombre. Porque entonces el hecho queda á su vista en sus verdaderas proporciones, queda dominando á su imaginacion, y mil años producen el mismo efecto que un solo dia. Despues de Herodoto y de Tácito observais mythos en la historia? Carlomagno se ha convertido en mythos al cabo de mil años? Clovis al cabo de mil trescientos? Augusto, César, hundiendose en lo pasado han tomado alguna apariencia mythica? No: el punto mas remoto en que el historiador moderno procura descubrir el mythos, es por ejemplo, el origen de Roma, Rómulo y Remo. Porqué? Porque aunque próximo á la época de la escritura, y aunque esta preexistia en otros paises, no habia

tomado aun á su cargo la historia romana. Mas existiendo la escritura, apoderándose ella una vez de la trama general de la historia, al instante el molde mythico es despedazado.

Pues bien, Jesucristo no pertenece al reinado de la tradicion, sino al reinado de la escritura. Ha nacido en tiempo de la escritura plena, sobre un terreno en que es imposible al mythos echar raices y desarrollarse. La Providencia habia previsto todo y preparado todo desde mucho antes, y si os habeis preguntado alguna vez porqué Jesucristo ha venido tan tarde, ahora veis una de las razones que ha habido para esto. Ha venido tan tarde para no estar en la antigüedad, para estar en el centro de la escritura; porque él no es la primera escritura, no Señores, no es la primera escritura, es la escritura despues de mil quinientos años, y si no quereis contar sino desde Herodoto, es todavia la escritura despues de quinientos años. De esta suerte es moderno, y aun cuando el mundo durase siglos sin fin, como por medio de la escritura todo está presente, porque de una mirada y con la rapidez del relámpago, recorremos toda la cadena de la historia, Jesucristo es para siempre nuevo y está sentado en la plena realidad de los sucesos que forman la vida conocida y cierta del género humano.

Podria detenerme aquí, Señores, pues veis bien que la máquina mythica está por tierra, supuesto que la condicion fundamental del mythos, que es la ausencia de la escritura, falta en Jesucristo. El mismo doctor Strauss conviene espresamente en que el mythos no es posible en los tiempos de la escritura; por lo mismo trata de despojar á Jesucristo del carácter escriturístico atrasando la publicacion de los Evangelios cuanto le es posible. Bien pronto veremos la debilidad de este recurso, si me permitis seguir paso á paso la huella de su argumentacion.

La analogía, dice, está contra Jesucristo, pues que el mythos es la base de todas las religiones conocidas. Lo niego. El mythos es la base de las religiones de la antigüedad, excepto la

de Moises, porque todos esos cultos tenian sus raices en una tradicion, cuyas tinieblas no habia destruido la escritura, ni prevenido tampoco sus descarríos. Mas existiendo la escritura, los mismos falsos cultos, tales como el de Mahoma, han tomado una consistencia histórica que los separa manifestamente de los sacerdocios y de los dogmas corrompidos de la antigüedad. La diferencia salta á los ojos. Por este motivo, ni á los cristianos, ni á los que combaten el cristianismo les ocurrirá jamas el atacar á Mahoma, haciendo de su persona un mythos, y del Alcoran una compilacion mythica. La fuerza de la escritura bajo cuyo imperio ha vivido, nos priva aun del pensamiento de tan quimérica temeridad. Nos vemos obligados á confesar que es un personage real, que ha escrito ó dictado el Alcoran, organizado el islamismo, y nuestro único recurso contra sus pretensiones es tratarlo de impostor, decirle enérgicamente: Tú has mentido. Pero en este caso la empresa de los incrédulos es mas difícil, el éxito de ella mucho mas difícil aun, ved aquí por qué el racionalismo disputa con tanto arte á Jesucristo su poderosa realidad. Como quiera que sea, la analogía que se invoca para estender sobre él las sombras del mythos, es una analogía sin fundamento. Una gran línea de demarcacion separa en dos hemisferios todos los cultos conocidos, el hemisferio mythico y el hemisferio real; aquel contiene los cultos formados en los tiempos primitivos, bajo el imperio de una tradicion variable; este contiene los cultos verdaderos ó falsos que la escritura ha encadenado en una historia y un dogma determinados. Para rechazar á los primeros, basta oponerles su naturaleza mythica; para rechazar á los segundos, es necesario entrar en la discusion de su valor histórico, intelectual, moral y social.

Es verdad que se disputa á Jesucristo su carácter escriturístico, pero cómo? porque, se dice, es imposible convenir en que la publicacion de los Evangelios haya tenido lugar antes del año ciento cincuenta de la era cristiana, de donde se sigue que el tipo de Cristo ha fluctuado por mas de un siglo á merced de la